

J. J. S.

EL 4 DE JULIO

V. A. D.



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



El 4 de Julio.

(Notas de algunos testigos

Recojidas por J. J. S.)

hagamos obliosa la pena de muerte

MIACORIS DEL ESTE

Imprenta "ROS."

1893.



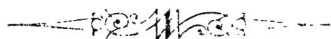
Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

A SANCHEZ

Y

A sus compañeros.

En el día de duelo nacional de 1893





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



EL plan de SANCHEZ, Duarte, Mella, Pina, Perez y sus compañeros se manifiesta en el acta de 16 de enero de 1844. Aquella acta está colmada de rasgos memorables por la sanidad de sus doctrinas; por la elevación de los propósitos, por la lógica solidez de los razonamientos y por la saludable tendencia á un porvenir de dorados sueños de patriotas impresionados por las ideas del siglo, y de corazones ensanchados para amar la gloria del pueblo quisqueyano.

Aquella página brillante, al reflejar la luz de las aspiraciones mas enaltecedoras, propagó la necesidad de fundar:

“Un Estado libre y soberano que *protejiere y propagara* el sistema democrático, la libertad de derechos civiles y políticos, la inviolabilidad de la propiedad, la libertad de imprenta, la responsabilidad de los funcionarios públicos, la instrucción



“pública á expensas del Estado, la reducción de los “derechos al mínimun posible, la agricultura, el “comercio, las ciencias y las artes.”

II

La historia cuenta que diez y siete años—con las fugaces excepciones de Jimenes y Valverde— se emplearon en las emulaciones de Santana contra Baez y vice versa, y que tales emulaciones dejaron por educación cívica el encono de las pasiones; el espionaje como empleo subvencionado por el Estado; la denuncia como celo de prosélito; el ultraje al compatriota disidente como liga de fidelidad. Mas aun la prisión sin sentencia de juez; la expatriación á capricho de *mandatario* y el fusilamiento por consejo de guerra prevenido.

Aquella página del 16 *de enero* quedó velada, y no hubo nunca sistema democrático, ni libertad de ciudadano, ni prensa libre, ni responsabilidad de funcionarios, ni agricultura, ni ciencias, ni artes, ni instrucción pública: de aquella página solo quedó el *Estado Soberano* afronta de los *Afrancesados*, obra de la utopía, ilusión gentilica de los adoradores de ese ídolo del siglo XIX que se llama Libertad.

La República existía, pero barrenada, carcomida, y minada para desaparecer, porque apareció cuando los consultores la declararon impertinente ó imposible. Era un mentís para los *Afrancesados*,



y debía terminar como terminó el 18 de marzo de 1861.

El *Estado Soberano* pasó á ser otra vez una colonia de España.

III

El año de 1861 fué un año de infortunios en que se extinguió del cielo americano la estrella protectora de Quisqueya.

La bandera de la cruz, la enseña triunfadora en las márgenes del Yaque y en las márgenes del Via; la que enardeció los pechos en Beller y en Estrelleta; la que reunió las huestes en Postrer Rio y Sabana Larga; el talisman para las victorias decisivas de Las Carreras y Santomé bajó humillada sin lucha, sin honor y aun sin respeto del asta enhiesta donde el orgullo de sus glorias la hizo airosa flamear.

El año de 1861 fué un año de angustias, de dolor, de luto y de vergüenza.

La anexión española la hizo tan solo un caudillo, un jefe grande: el Libertador, General Pedro Santana.

Aquella anexión dejó escrito es problema:

¿*Existe en la masa de los dominicanos la noción completa y perfecta de lo que es y de lo que vale ser pueblo independiente, libre y soberano?*



VI

El golpe de Estado de 1861 fué un golpe aturdidor.

Algunos patriotas decayeron, algunos entusiastas se entibieron, algunos enérgicos protestaron, y nuevos números fueron a aumentar el ya considerable de los expatriados.

Moca se distinguió por una protesta heroica; pero las demás poblaciones la vieron con indiferencia.

Parece que no habia conciencia de todo lo que antes se habia hecho de muy grande.

V

Cabral, el gladiador de Santomé, lanza de Curacao enérgica protesta é invita á sus conciudadanos á hacer oposición. Favre Geifard, Presidente de Haiti, le promete sus auxilios y Cabral se trasporta al Cabo para emprender las primeras diligencias de la guerra, y, para preparar algunos influyentes del Cibao, penetra secretamente hasta Guayubin, donde es descubierto y denunciado á Lavastida, Delegado de Santana, logra escapar y llega á Port-au-Prince.

IV

De Curacao á Jacmel, de Jacmel en el vapor



“*Geffrard*” hasta Jeremie, y de aquí en el “22 *Dé'ecembre*” hasta Port-au-Prince viajó la expedición de expatriados dominicanos compuesta de FRANCISCO DEL R. SANCHEZ, Valentin R. Baez, Manuel M. Gautier, Juan Erazo, Gavino Simonó, Benigno del Castillo, Felix M. Lluverez, Miguel Saviñon, Felix Mota, José A. Figueroa, Domingo Piñero, Jacinto Peinado, Manuel Baldemora, Baltazar Belem, Higinio Batista, Rafael Aguirre, Felipe Ramirez, José Margarita Sanchez, Epifanio Sierra, E. Zayas y otros más no recordados.

Se organiza el plan de la campaña, y entran como Jefes de operaciones Cabral por Cachiman, SANCHEZ por el Cercado y Tabera por Neiba.

Los patriotas, afiliándose unos á la división de Cabral, otros á la de SANCHEZ, abrazaron el arma entusiasmados, partieron con las seducciones de la gloria y con el denuedo de los valientes: era una juventud llena de virilidad y lozania poseida de santa inspiración que la indujo al rescate de la Patria con el esfuerzo de su brazo ó con el sacrificio de su vida.

Aquel cuadro de figuras ennoblecidas por el sentimiento de la dignidad y realzadas por el honor de cumplir un deber sagrado, hubiera sido encantador si una sombra no hubiera encapotado su elevado mérito.

Detrás seguía, por órden de Geffrard, una columna del ejército haitiano con el *pretexto* de venir cubriendo la retaguardia de los patriotas. . . .



VII

Neiba tiene la honra de haber sido el último de los pueblos que permitió arriar el pabellón cruzado, y los neiberos gozan del crédito de haber sido de los más entusiastas por la reconquista de la Patria; pero la llegada de Tabera, cuando aguardaban á Cabral, los entibió.

Tabera tenía su historia de jefe colmada de errores autoritarios que le hicieron repulsivo.

Las grandes causas necesitan hombres dignos y estimados.

La diligencia por Neiba se perdió, apenas comenzada, por no querer los neiberos hacer causa con Tabera.

El Cercado, al contrario, prevenido y coligado abrió sus brazos á SANCHEZ y se le dió por entero.

Las Matas debían presentar alguna oposición por la presencia del General Santiago Suero, Comandante de Armas, y la existencia de una fuerte guarnición confiada al Teniente Coronel Rafael Santana.

Las grandes lluvias y el río Caña con grandes avenidas detienen las operaciones de Cabral hasta el 14 de Junio en que tiene conocimiento de haber sido descubierto y denunciado á la autoridad por el Comandante J. M. Andújar.—Al amanecer del 15 —día de *Corpus*— emprende con celeridad la toma de Las Matas, y encargado el Co-



ronel G. Simonó de la organización militar para forzar la plaza, dispone el plan con tal acierto que, á pesar de la superioridad del número y de la tenáz resistencia de aquella guarnición, la obligan los patriotas á abandonar el pueblo temiéndolo al círculo de fuego que la iba rodeando. En el *fuerte* hace firme la guarnición, y, á costa de algunas bajas debidas á lo empeñada de aquella refriega, consiguen hacerla emprender la retirada.

Entre el número de patriotas que allí rindieron la vida estaba el valiente expedicionario Joaquín Baez.

La detreza y el valor experimentado del Coronel Gavino Simonó pudieron asegurar el primer triunfo.

Los patriotas se posesionaron de Las Matas, y los anexionistas formaron su campo en la Sabana del Ciruelo.

Continuar las operaciones militares para los unos y para los otros se hacia imposible: las lluvias continuaban sin cesar, los rios y los arroyos creciendo con impetuosas corrientes impedian toda movilización militar que se intentara hacer por parte de los anexionistas contra los patriotas, ni por parte de éstos sobre el pueblo de San Juan, al mando del general Puello, desprovisto todavia de fuerzas capaces de intentar ninguna resistencia seria.

VIII

La fatalidad tiene crueles manifestaciones.



La inercia de algunos días, mientras impacientaba y desesperaba á los patriotas anhelosos, daba paso á las tramas de los anexionistas para reunir sus fuerzas y para interponer las actividades de la diplomacia.

La armada española en las aguas de Port-au-Prince intimida á Geffrard y éste retira su columna intimidando la retirada á SANCHEZ y á Cабral, y negándoles los auxilios y la protección prometidos.

La suspensión y la contramarcha se decide, y los expulsos deben emprender la retirada en compañía de aquellos que se habían comprometido adhiriéndose á la santa causa.

La retirada podía emprenderse aun impunemente, por no haber entonces mas enemigos conocidos que los anexionistas á quienes detenían las lluvias á muy larga distancia de los patriotas.

El secreto de una falsa posición militar no se guarda mucho tiempo para el soldado dominicano: la esquiva repugnancia con que mira el campamento lo hace atisbar, penetrar y conocer como el que más todos los riesgos. La deserción, para evadir el compromiso, es siempre, como lo fué entonces, una señal de que el secreto ha pasado á las filas.

El camino de la desgracia lo emprenden con serenidad los corazones altivos y templados, pero los de naturaleza venal lo desiertan á la hora más solemne, dando la espalda á la religión del deber



y á los escrúpulos de la conciencia.

IX

Habia sospechas de traición, y sobre las órdenes que se dieron para la retirada hay diferentes tradiciones. Una de ellas es la de que Cabral envió *mil pesos* á SANCHEZ con el procer Pedro Pina acompañado de T. Ogando, para que distribuyera esa suma en raciones de á \$3 entre los militares del Vallejuelo y del Cercado, á los cuales debia SANCHEZ despachar sobre San Juan camino del Vallejuelo; y que, al encontrarse sólo con los expulsos emprendiera SANCHEZ marcha en retirada por el camino del Aguacate para reunirse con Cabral en el puesto haitiano de Ribeau.

SANCHEZ no creyó que á él le tocaba dejar empeñados en tal forma á los que se habian asociado á su causa. Distribuyó los fondos instruyendo á los jefes principales del motivo de la retirada, los emplazó para más tarde y emprendió el camino del Hondo Valle.

X

Santiago de Olio, general entonces el más influyente del Cercado, que con otros jefes se habia ligado á SANCHEZ, concibe un plan infame para evadir la responsabilidad asumida por haber nutrido la expedición de los patriotas.



Se adelanta por caminos extraviados hasta el Mangal que está al pié de la loma Juan de la Cruz —camino de Haití— y allí apostó sus hombres en emboscada.

XI

No habiendo enemigo á quien temer en toda aquella comarca, caminaban los expulsos confiados y tranquilos por el lado de la conciencia, y adoloridos por el fracaso de su grande empresa.

Al repisar el camino de la expatriación debieron enmudecer, porque dando de nuevo la espalda á la Patria, y despidiéndose de las ilusiones y las esperanzas largamente acariciadas, entraron bajo el dominio de emociones muy fuertes que embargaron la voz y nublaron el pensamiento.

Por eso se cree que aquellos expulsos —viajeros silenciosos— perdieron la conciencia de sí mismos, cuando al bajar de la loma y al enfilarse el Mangal se vieron inhumanamente atacados por bocas de fuego que, con nutrido tiroteo, sembraban el espanto y el terror en mitad de aquellos montes solitarios.

Baltazar Belem, el más feliz de todos, cae allí muerto por certera bala; SANCHEZ y Rafael Aguirre caen malheridos y Felix Mota y Miguel Savinon salen heridos: el que puede se defiende ó se rinde y los que pueden se dispersan con poca felicidad, porque en montes desconocidos los perse-



guidos son casi siempre presa segura.

Aquel día y el siguiente los emplearon los villanos en recoger dispersos.

La hazaña era de Santiago de Olio!.....

Aguirre muere de sus heridas, á Saviñon lo salva Ogando, y Pina y algunos pueden escapar.

XII

Los pueblos tienen su fatalidad. A unos toca la honra de ser cuna de letrados, guerreros ó artistas; á otros les toca la celebridad de una victoria; á otros, el heroísmo de algun bien para la humanidad. Al Cercado le tocó la desventura de servir de escenario para la traición más fementida, y figurar en la historia con el recuerdo de un hecho afrentador.

Aquella aldea, coronando una montaña fria de aspecto triste, lleva una existencia miserable y salvaje porque se avergüenza de la infamia de sus hijos!.....

XIII

Santiago de Olio custodia su presa hasta San Juan, donde encuentra tropas de todas partes al mando del General Abad Alfau.

Entrega al *poder* de Santana á FRANCISCO DEL R. SANCHEZ, Gavino Simonó, Juan Erazo, Francisco Martinez, Benigno del Castillo, Félix



Mota, Manuel Baldemora, José Gregorio Rincon, Domingo Piñeiro, José Antonio Figueroa, Epifanio Sierra, Segundo Alcántara, Raimundo Figueroa, (?) José Ciprian, A. Paredes, A. Suero y cinco más, cuyos nombres no se retienen, porque eran gentes desconocidas, lugarñños de por allá, guías tal vez para los caminos ó peones para las cargas: entre estos últimos, dos jovencitos imberbes que debían señalarse más à la hora de la desgracia.

Se les somete à la *justicia* de un Consejo de Guerra compuesto de ex dominicanos anexionistas presididos por el General Domingo Lasala: la acusación fiscal se encarga al jóven oficial Tomás Pimentel.

Por no haber abogados en el lugar, ni tiempo para buscarlos fuera, se ofrecen unos oficiales españoles, pero la Autoridad no los consiente. El sagrado miniaterio de la defensa se confía à Cristobal J. de Moya y à José Soto, que debían patrocinar à todos los prisioneros.

XIV

¿De qué crimen se acusaba à los patriotas? . . .

El Fiscal leyò el trabajo, y dicen que de nada volvió hablar.

SANCHEZ ocupó sólo la atención de sus jueces y del auditorio. Famosa fué la defensa que hizo de sus compañeros; indestructibles los razona-



mientos y la elocuencia ciceroniana. La oficialidad española quedó asombrada al oír aquel hombre de talento, que, despues de historiar con precisión todos los sucesos de la República Dominicana, probó que aquella anexión á España era un hecho atentador de la soberania del pueblo á quien se le había impuesto por fuerza una nacionalidad distinta de la suya. Que la independenciam dominicana era un derecho adquirido por la voluntad, por el valor y por la sangre de los dominicanos, y que tal derecho había sido plenamente reconocido por todas las naciones del mundo. Que como dominicanos tenían el deber de rescatar su nacionalidad perdida, y que ese deber habían venido á cumplirlo. Que aquel hecho era sólo en la historia, y que no había ninguna ley dictada para castigarlos, por que no pudiendo ningun pueblo autorizar la pérdida de su propia nacionalidad, no podía imponer penas al intento de rescatarla. Y, abocando la causa que lo retenia en el banco de los acusados, dijo que él sólo era el culpable allí, y que si aquel error de las pasiones de los hombres necesitaba de una víctima para afirmar con sangre la extinción de la nacionalidad dominicana, esa víctima debía ser él y esa sangre debía ser la suya, por que, como fundador de la República, su sangre y su vida se debian á esa nacionalidad.

Se recuerdan estas palabras finales: “He echado por tierra vuestra acusación fiscal. Cumpla *en mi sólo* el Consejo su mandato.”



XV

Al preguntársele al Coronel Gavino Simonó por qué había tomado las armas, respondió:

—Estando en el extranjero supe q. en mi Patria flotaba una bandera que yò no habia dejado, y vine para restablecer la mia.

XVI

Entre los defendidos por José Soto figuraba el joven Capitan Benigno del Castillo, á quien el defensor, por un triste recurso, quiere sacar como prisionero haitiano. Castillo se levanta, interrumpe á su patrocinador, protesta contra él y termina con estas palabras:

—Yo no he traicionado nunca à mi Patria, y sepa el Consejo que si he de deberle la vida como prisionero haitiano, prefiero una muerte honrosa como Dominicano.

XVII

El Consejo sentenció á veintiun patriotas á la pena de muerte.

El fusilamiento debia tener lugar á las 4 de la tarde del 4 de Julio de 1861.

XVIII

La capilla se dispone en la misma cárcel. El



presbítero Barrientos administra á todos los auxilios de la religión.

SANCHEZ—á quien las heridas mantenian sentado—hizo un esfuerzo para inclinarse al acercarle el sacerdote la sagrada forma y exclamó: *Tibi soli peccavi et malum coram te feci*.....

XIX

Algunos quisieron escribir, y se les concedió. Terminando Benigno del Castillo, se le acerca uno de los campesinos que habia caido con ellos, y pide le haga una carta para despedirse de su querida.

—No es tiempo ahora de pensar en ella, le dice Castillo. Debes rezar. ¿No sabes?

—No, contestó el infeliz.

—Pues, ven: repite conmigo esta oración...

XX

A Domingo Piñeiro le impresionó mucho la despedida de su hermano Pedro; y Francisco Martinez, advertido de lo que pasaba por él, le toca en el hombro y le dice:

—Levanta la cabeza para que no diga Santana que has estado triste.

Por efecto de estas palabras se irguió Piñeiro, y recobró su habitual serenidad.

XXI

La hora tremenda de la ejecución se acerca,



y tambores y cornetas tocan llamada; las campanas de la iglesia tocan rogativa; el piquete rodea la cárcel-capilla, entra en ella el Pbro. Narciso Barrientos y tras él los carceleros con sogas, y se principia á hacer *mancornas*

José Antonio Figueroa se pára, pone el pié sobre una silla, pide á los mancornadores que le aguarden un instante, y haciendo del muslo su último escritorio con firme pulso escribe la siguiente carta:

Señor Don C..... R..... Santo Domingo.—Muy querido amigo: Ya viene Narciso á buscarnos para acompañarnos al patíbulo. Dentro de pocos momentos seré ánima del purgatorio. No tengo mejor amigo que tú y debo hacerte esta última recomendación: ahí quedan mis hijos sin amparo en este mundo; cuando puedas les darás un pan, y rogarás á Dios por tu amigo que se despide hasta la eternidad,—José A. Figueroa.

XXII

A las tres de la tarde se había puesto en marcha para la sabana de Juan de Herrera el batallón español *La Corona* al mando del Comandante Luzon, y la compañía de *Morenos*.

Hasta las seis estuvieron haciendo ejercicios.

XXIII

Sesenta soldados de la compañía de *Carabi-*



neros de Azua al mando del capitán español Gafa y del teniente Arquímedes Objio, rodeados por la caballería de San Juan, hacían la custodia de los que iban para el patíbulo.

SANCHEZ, invalidado por sus heridas y llevado en sillón, iba recitando el *miserere*. Felix Mota herido también, iba sostenido por Juan Erazo y Benigno del Castillo con quienes lo ataron. Los demás mancornados caminaban con serenidad y con firmeza llevando por particular acompañamiento de amigos á Barrientos, Olegario Pérez y Vicente Alvarez.

En el cementerio pusieron en larga fila á los ventiuñ sentenciados, y en medio de ellos—debajo de un árbol de guázuma que existe todavía—colocaron á SANCHEZ. Ya listos, se despidieron todos, y al dar el oficial la voz de ¡*fuego!* respondió SANCHEZ en voz más alta con las célebres palabras de Kosciusko: ¡*Finis Polonia*....!

El tiroteo era torpe y ensordecedor. Parecía que aquellos cazadores de hombres tenían miedo: tal era la agitación que los impresionaba.

Por entre aquel tiroteo irregular se oían unas voces de ¡Adios Eusebio!..... ¡Adios general Puello!.....

Aquel cuadro—visto de lado—era conmovedor, aterrador: inspiraba lástima, causaba miedo, terror, espanto, todas esas impresiones fuertes de la horripilación que debía producir la vista del destrozado á balazos de ventiuñ seres humanos indefensos.



Los cuerpos que no caían oscilaban con tesura del frente hacia la espalda. Al través del humo se veían los rostros con una palidez amarilla, verde, cetrina. Los ojos se veían abiertos y brotados como en la ansiedad. Los cabellos se levantaban erizados, y el pelo de las barbas se veía rígido y horizontal como una flecha.

Con la primera fusilería murieron SANCHEZ, Juan Erazo, Gavino Simonó y dos de los zagales sin nombre. De los restantes había algunos ileos y otros tendidos en el suelo heridos y adoloridos que decían !fuego! ¡fuego!

Era necesario volver á tirar más. Se repitió la voz de ¡fuego! y nuevo tiroteo más largo aún, creyó acabar aquella escena terrible.

La obra de esterminio para el hombre se creía terminada; pero cuando empezó la obra de caridad para la carne se encontraron solamente diez y nueve cadáveres

Faltaban dos.

XXIV

La caballería de San Juan se reparte en busca de las dos víctimas que faltaban.

Al favor del humo de la pólvora y de la confusión general, habían logrado—á los primeros tiros—escaparse dos imberbes del Vallejuelo que estaban mancornados por los brazos: aterrorizados toman la fuga, pero se ven en el monte detenidos



por un árbol que se interpone entre los dos.

Nadie sabe lo que pasó allí por el ánimo de aquellos desgraciados al verse fuertemente detenidos! Se cree que no se daban cuenta de la causa que los sujetaba, puesto que, á las voces de los dragones que llegaron á descubrirlos, una de las víctimas da media vuelta al rededor del árbol y, libres ya, pueden entonces reemprender despavoridos la carrera

Se hubiera dilatado la diligencia en alcanzarlos si un oficial, partiendo al galope de su caballo, no logra, de un machetazo en la cabeza, echar por tierra á uno de ellos.

La presa vuelve á traerse al picadero.

Aquellos mozos se resisten, suplican, claman á Dios, invocan su inocencia, piden perdon á gritos

La voz de ¡fuego! los hace eumudecer.

El recuento de los cadáveres dió esta vez la suma de los sentenciados.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia